

VIGILIA DE SANTA MARÍA
Clausura del año jubilar de Montserrat
Homilía de Mons. Jaume Pujol i Balcells, arzobispo de Tarragona y primado
26 de abril de 2007

Querido padre abad, muy queridos monjes de Montserrat, hermanas y hermanos que participáis en esta hermosa vigilia de la fiesta de nuestra Madre y patrona, Nuestra Señora de Montserrat.

Acabamos de leer que María se fue *decididamente* a la Montaña. *Decididamente. Con prisa*. Con esta palabra el evangelista hace que nos fijemos en la actitud de nuestra Madre. Podríamos traducir más literalmente: se fue *con diligencia*. Esta expresión no manifiesta sólo la prisa física, sino más bien la agilidad espiritual de quien está siempre a punto para poner en práctica, sin retrasos, cualquier insinuación de Dios. Así va María a la montaña. De esta manera también nosotros hemos subido a Montserrat al final del año jubilar, en el 125 aniversario de la coronación de la Moreneta como patrona de las diócesis con sede en Cataluña. Llenos de agradecimiento, venimos, pues, *con diligencia*, buscando responder generosamente a aquello que nos quiera sugerir el Espíritu.

Y es que, en las lecturas de la eucaristía de hoy, todo es alegría. Todos se sienten heridos de gozo y de confianza. Empieza Isaías: «Desborde de gozo con el Señor, y me alegro con mi Dios: porque me ha vestido un traje de gala y me ha envuelto en un manto de triunfo» E Isabel añade: «La criatura saltó de alegría en mi vientre.» Incluso Pablo nos asegura: «La esperanza que tenemos para todos vosotros es del todo segura.» Pero es, sobre todo, María quien estalla: «Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador.»

Aquella misma alegría es la que tenemos nosotros ahora. Es el gozo de nuestra fe. Es la alegría de la Iglesia de todos los tiempos.

En el calor de esta vigilia a los pies de la Moreneta, procuremos penetrar otra vez en aquella alegría que llena la casa de Isabel y que tiene que llenar también nuestro corazón. Porque es el gozo que, también hoy -en este mes de abril de 2007-, está llamado a iluminar y caldear todos los corazones.

En la primera lectura hemos escuchado el importante oráculo sobre el nuevo *mensajero*. Se trata del mensajero escatológico que habla en soliloquio. Sin duda es uno de los textos decisivos del libro de Isaías. Este mensajero tiene una doble función: por una parte la de todo mensajero, que es llevar buenas noticias, como la de anunciar la redención a los cautivos y la libertad a los presos. Por la otra, la de consolador, que venda los corazones rotos por la enfermedad o la desgracia, da aliento a los que lloran y restaura a los que hacen luto.

Jesús dirá que esta Escritura se cumple en él. Él es quien trae el consuelo y restablece a su pueblo en el lugar y dignidad que tenía al principio. Él renueva la alianza rota y trae la plenitud del espíritu de Dios, que viene acompañada de muchos dones, destinados sobre todo a los pobres y a los que sufren (cf. Juan Pablo II, Carta Enc. *Dominum et vivificantem*, 16). En los textos sagrados posteriores al exilio, el concepto de *pobres* había trascendido de la simple condición social, y designaba una categoría religiosa: es decir, los *humildes*, los que, delante de Dios, se consideran a ellos mismos desprovistos de virtudes y sólo confían en la bondad divina.

Hermanos, nosotros somos hoy los *mensajeros* enviados por el mismo Cristo para volver a poner a Dios en el lugar que le corresponde en el corazón de los hombres -de todos los hombres-, y para restablecerlos a ellos -todos y cada uno- en su dignidad original.

Tenemos que asumir hasta el fondo que el don de la fe y de la gracia nos coloca plenamente en una situación y en un deber de misión. Somos frágiles, limitados, pecadores, pobres. Cada uno puede añadir su perfil particular: edad, carencias, virtudes... Es igual, porque somos los hijos del Dios y Padre misericordioso.

Éste es, hermanos, el deseo que los obispos de Cataluña han querido manifestar en la carta pastoral que hace justo unas semanas os entregábamos con el título *Creer en el evangelio y anunciarlo con nuevo ardor*. Os invito a leerla y a meditarla, rezando, individualmente y en el ámbito de vuestras comunidades.

Cuando constatamos que vivimos en una sociedad cada vez más alejada de la fe en Jesucristo, de un mundo que quiere hacer como si Dios no existiera, no tenemos que caer en el desencanto o la desesperanza. No tiene que ser así, ni siquiera por un instante. Es verdad que son muchas y complejas las causas y circunstancias que han llevado al hecho de que nuestra sociedad rehuya a Dios, incluso de una manera que parece radical y generalizada. Eran lúcidos los análisis del siervo de Dios Juan Pablo II sobre el europeo de hoy. De él dijo que es un hombre «secularizado»: «Dios queda fuera de su horizonte de vida», escribía. «Su ateísmo teórico y práctico incide en su pensamiento antropológico. Si el hombre no es imagen de Dios y no hace referencia a nada [...], ¿qué valor tiene? ¿Por qué actúa? ¿Por qué vive?» (Discurso en el Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa, 11/10/1985, 11) (*Creer...*, 5).

Por eso, el santo padre Benedicto XVI nos ha podido decir que, si nuestro mundo excluye a Dios y se aferra únicamente a las realidades materiales y visibles, corre el riesgo de la autodestrucción, y que el fracaso de esta manera de vivir «como si Dios no existiera» está ahora a la vista de todos (cf. Benedicto XVI, *Sacramentum caritatis*, 77). Todo eso es cierto, y esta autodestrucción puede ocurrir si la criatura aparta a Dios de su vida y ocupa descaradamente su lugar. ¿Qué haríamos sin Dios, «Padre entrañable», «Padre de las misericordias»? ¿Qué haríamos sin este Dios del cual nos ha hablado san Pablo, «Padre de nuestro Señor Jesucristo, [...] que no deja nunca consolarnos»? Como el santo Padre nos ha recordado en su encíclica *Dios es amor* (cf. 2), el amor de Dios hacia nosotros es una cuestión fundamental para la vida y plantea preguntas decisivas sobre quién es Dios y quiénes somos nosotros.

Hay que recordar lo que la constitución pastoral *Gaudium et spes* dice en su conocido número 22: «Realmente, el misterio del hombre sólo se aclara en el misterio del Verbo encarnado.» Con estas palabras el Concilio expresa la antropología que es al núcleo de todo su magisterio. Cristo no sólo indica el camino que hay que seguir: Él mismo es el camino, y lo es porque es el Hombre perfecto. En él, Hijo eterno de Padre e hijo de María en la historia, nosotros encontramos la clave para entendernos y para realizarnos: sí, somos criaturas de Dios, hechos a imagen y semejanza suya, llamados a ser felices dejándonos poseer por él y viviendo su vida que nos lleva al servicio de los otros.

No es el momento adecuado, ahora, para lamentarse, sino más bien para ponerse a disposición de quien nos envía a una nueva evangelización. La levadura cristiana puede hacer fermentar muchas culturas, también la nuestra, por difícil de que parezca: dos mil años de historia de la Iglesia nos lo demuestran. Es posible evangelizar nuevamente nuestro mundo si predicamos al verdadero Jesús. Y lo predicaremos si lo conocemos de veras y si nos identificamos más profundamente con Él.

Los obispos de las diócesis catalanas hemos querido hacer este llamamiento señalando, juntos, un camino concreto: ocupémonos primero de nosotros mismos, porque para evangelizar hace falta haber estado antes evangelizados. «En este aniversario del patronazgo de la Madre de Dios de Montserrat sobre Cataluña, preguntémonos si, como hacía la Virgen María, conservamos viva la memoria de Jesús (cf. Lc 2,19)» (*Creer...*, n. 8c). Ante la increencia que está en la raíz de la deshumanización que vemos entre nosotros, preguntémonos con sinceridad qué parte de responsabilidad tenemos nosotros -ministros ordenados, personas consagradas, laicos y laicas. ¿«No habría, a nuestra tierra, más sabor cristiano, si fuéramos, de veras, sal que sala? (cf. Mt 5,13). Desde una acogida más plena, más consecuente, más jubilosa, más irradiante de la buena nueva de Jesús por parte nuestra, podemos pensar esperanzadamente en una nueva evangelización de Cataluña» (*ibid.*).

Hace falta que la Iglesia en Cataluña se *auto evangelice* a través de estos medios y de todos los que Jesucristo ha puesto en nuestras manos. Así podremos dar razón de nuestra esperanza (cf.

1Pe 3,15) y emprender *con un nuevo ardor* la nueva evangelización que pide la situación que nos rodea.

En las resoluciones del concilio provincial Tarraconense se nos recuerda que el concilio Vaticano II continúa vivo y presente entre nosotros. En el Concilio -decía Benedicto XVI- «mirémoslo con gratitud: si lo leemos y acogemos guiados por una hermenéutica correcta, puede ser, cada vez más, una gran fuerza para la renovación siempre necesaria de la Iglesia» (*Discurso en la curia romana*, 22/12/2005). El mismo Santo Padre nos facilita esta «hermenéutica correcta», y lo ha hecho recientemente con la exhortación apostólica postsinodal *El sacramento de la caridad*. La amorosa recepción de este importante documento sobre *la fuente y cima de toda la vida y misión de la Iglesia* -sobre la eucaristía-, puede ser la gran ayuda para la reevangelización que necesitamos en esta hora. Agradecemos a Dios la querida comunidad benedictina de Montserrat, que particularmente en este punto nos ilumina con su ejemplo, del cual tenemos más necesidad que nunca.

Además, por medio del redescubrimiento personal y colectivo de la eucaristía, se debe hacer realidad entre nosotros otro gran deseo unánimemente expresado por todos los obispos de Cataluña, un elemento imprescindible para la credibilidad de toda evangelización: *la espiritualidad de la comunión* (43) vivida entre todos los fieles: «La evangelización pide» —hemos escrito— «que todos contemos con todos, que todas las sensibilidades de los hermanos en la fe se sientan acogidas y comprendidas a la casa del Padre, que no rompemos la caña cascada (cfr. Mt 12,20)» (Creer..., 8).

En la eucaristía encontramos también —y en plenitud— el sentido de familia que acompaña todo ser humano. La familia es al centro de cualquier antropología que pueda ser considerada sencillamente humana. Todo hombre necesita estima: todo hombre tiene derecho a nacer, y vivir, y morir dentro de una familia. Es un derecho que se convierte en deber por los otros; un deber dichoso, que nos realiza plenamente! Es muy urgente recuperar en nuestra sociedad este tesoro, que es más necesario para los hombres casi que el aire para respirar: que hay un lazo indivisible entre persona y familia; un lazo que no niega los derechos del individuo, sino que, todo lo contrario, los afirma. Debemos transmitir —sobre todo a las nuevas generaciones— que el hombre está creado por amor y que está llamado a amar, precisamente porque hay familia, familias.

Queridos jóvenes: vosotros sois —quizás sin ser del todo conscientes— los principales protagonistas de muchos de los signos de esperanza que se pueden constatar en nuestra sociedad. Me refiero principalmente a las abundantes iniciativas de caridad, de solidaridad y de voluntariado que proliferan por toda nuestra geografía y que son el fermento de la nueva evangelización, porque sólo cuando una persona se sienta querida por otra puede llegar a aceptar el mensaje salvador: la buena nueva ha de ir precedida por la amistad y la caridad.

Vosotros, que hacéis de vuestro tiempo y de vuestro corazón un lugar para Dios y para los otros, que no queréis estar marcados por todo aquello que pueda poner precio a vuestra existencia libre, que reconocéis que estáis *Marcados por el Espíritu*, sois claramente los protagonistas principales de esta nueva evangelización.

Quiero deciros que os esperamos a todos, acompañados de vuestros amigos, el próximo 26 de mayo en Tarragona, para vivir junto con vuestros pastores l'Aplec del Espíritu. Tenemos puesta una gran ilusión en este encuentro y lo preparamos con mucho esfuerzo y con mucha oración. Y pido a quienes, como yo, ya no tan jóvenes, que nos acompañáis en esta iniciativa de este año.

Jóvenes, dejad que Jesús sea quien guíe vuestras vidas, marchad decididamente a la aventura de ayudar a los otros, contribuyendo ya desde ahora —con vuestra fidelidad— a la formación de la familia cristiana que él os tiene preparada, o decidle que sí si os pide que lo sigáis más de cerca y que lo dejéis todo, siguiendo un camino de amor todavía más alto en el sacerdocio, en la vida religiosa o en el celibato apostólico. Poneos todos en *camino* imitando el ejemplo de María, que, como hemos oído, es «la Madre del bello amor».

Ella, la joven Virgen de Nazaret, gracias a su *diligencia*, ha sido quien ha abierto todos los caminos de salvación.